

**Intervención del Presidente de la Junta de
Andalucía en la
Inauguración del curso Universitario 2008/2009.
Universidad de Córdoba (UCO)**

Córdoba, 3 de octubre de 2008

Sra. Alcaldesa de Córdoba.
Sr. Rector Magnífico de la Universidad de Córdoba,
Mgfcos. Rectores
Autoridades,
Sras. y Sres.

Con este acto inauguramos de manera oficial el Curso Universitario 2008/2009, que supone el inicio de un nuevo ejercicio académico que tendrá para todos los que componen la comunidad universitaria una significación muy especial.

De algún modo, este curso será un ejercicio de transición que supondrá prepararnos para los cambios que se avecinan con la construcción del Espacio Europeo de Educación Superior. La Universidad, por tanto, vive la expectativa lógica ante el fin de un ciclo y el inicio de otro. Será el último año del viejo modelo, de las reglas que hemos conocido hasta ahora, antes de la importante transformación que se aproxima en un horizonte ya inmediato.

En este último banderazo de salida académico se pone de manifiesto el potencial humano y el peso específico que la educación ha adquirido en la

sociedad andaluza. Son más de doscientos mil universitarios y 17.500 docentes los que componen el amplio mapa de nuestro sistema educativo, que en conjunto ronda las 250.000 personas.

La educación, en todas sus facetas y dimensiones, constituye en la actualidad la más auténtica y genuina posibilidad de progreso en un mundo estructurado en torno al conocimiento, donde el avance de la ciencia y la tecnología marca la pauta del crecimiento económico, de la organización en el ámbito de la producción y, asimismo, rige la evolución de las profesiones y el desempeño de las competencias laborales.

La sociedad actual valora más que nunca el papel trascendental de la educación, y estima sobremanera la capacidad y la posibilidad de disponer de unos niveles educativos de calidad, a la altura de las exigencias de nuestro tiempo. Algo que viene cumpliendo desde hace bastante tiempo la Universidad de Córdoba, en cuya sede nos encontramos hoy para dar comienzo no sólo a un nuevo curso universitario andaluz, sino también a una nueva y definitiva fase en el acontecer futuro de nuestras universidades.

No en vano, el *alma máter* de esta corporación cordobesa hunde sus raíces en la época de los Omeya, cuando se destacó por ser una de las primeras universidades del mundo y la primera de Europa. En poco más de dos siglos de su historia más reciente, la Universidad de Córdoba, heredera de la universidad Libre de finales del siglo XIX, es hoy uno de los más claros referentes de la calidad en la educación, sustentada en un firme compromiso con la docencia, con la investigación y con el desarrollo de la sociedad que la sustenta.

Estamos pues ante una nueva etapa y, en este escenario de cambio europeo, es lógico que puedan aparecer dudas e incertidumbres, que, por otra parte, siempre tienen un aspecto positivo porque sólo así se revisan nuestras creencias y corregimos el rumbo en lo que sea necesario.

Pero siendo eso así, creo que no deberíamos tener dudas de que el mejor estímulo para el progreso y la mejor manera de conquistar el futuro más cercano por parte de nuestras universidades -por definición un terreno abonado y permeable a los cambios- es la

construcción de este nuevo espacio común europeo para la enseñanza superior.

Será éste, por tanto, el último ejercicio del modelo de Universidad que conocemos, para entregar el testigo a otro bien distinto, que pretende ser un modelo único, comparable y europeo. Un modelo estable y común para todos los estados miembros de la Unión Europea, que se abre paso por una exigencia que late en el corazón de la construcción de Europa como ente político, económico, y administrativo: la ambición de ser la economía del conocimiento más competitiva y dinámica del mundo.

Si Europa quiere pesar en el escenario de la globalización, es imperativo que siga avanzando en su proceso de convergencia económica pero también política y social. En ese camino que no debe tener vuelta atrás, ahora ha llegado el momento de la unificación de su modelo universitario. La universidad, cosmopolita por naturaleza rompe así las fronteras propias de tiempos pasados y en este proceso deja de ser local o regional y nos muestra su verdadera dimensión: la europea.

Si elevamos un poco la mirada por encima de la cotidianidad, nos daremos cuenta con facilidad que estamos en el lugar que generaciones de españoles anhelaban conquistar.

Desde 1986 somos miembros de pleno derecho de un territorio que congrega a casi 500 millones de habitantes, y que ahora afronta el reto común de la enseñanza superior, un reto de especial envergadura que nos pone a prueba y que debemos superar con la mejor nota.

Nadie presume que este nuevo desafío vaya a ser fácil, pero esta dificultad, lejos de amilanarnos debe servir de acicate para que centremos todo el esfuerzo en sobreponernos a las barreras que dificultan, entre otros aspectos, la competitividad. Hay muchas ventajas en ello. Por poner sólo un ejemplo, se terminarán los problemas de homologación de estudios y titulaciones, algo que se viene reclamando desde el ámbito académico hace bastante tiempo.

En Andalucía hemos ido gestionando esta transformación con decisiones que han ido preparando nuestro mapa de titulaciones al Espacio Europeo de Educación Superior, como marcan los

acuerdos de Bolonia. Han pasado cuatro años, tiempo suficiente para hacer una evaluación, desde que tomamos la decisión de ubicar en un mismo departamento las competencias de Innovación, la Ciencia y la Empresa.

Hoy día me ratifico en lo que fue una elección estratégica para lograr la plena conexión de áreas tradicionalmente alejadas entre sí como el conocimiento, la investigación y el tejido productivo. Dotamos entonces de un estatus diferenciado a la enseñanza universitaria para alcanzar el mejor entendimiento con el mundo empresarial y científico en un tejido común que denominamos el Sistema Andaluz de Conocimiento .

En este ámbito, el liderazgo lo ejercerá la Universidad, pero con la obligación de ir de la mano de otros centros de investigación, de los agentes del conocimiento y de las empresas.

En Andalucía nos encontramos en fase de homologación de unas 40 titulaciones, en un proceso negociado con todos los actores implicados, ya sean agentes sociales o de la comunidad universitaria. Nuestra hoja de ruta para la Universidad en Andalucía

nos empuja a una lista de retos, entre los que figuran, conseguir la contratación de doctores en el seno de las empresas, para que la investigación y el desarrollo se incorporen a los objetivos de la actividad empresarial.

Aspiramos igualmente a consolidar campus de excelencia en sectores que hemos catalogado de estratégicos para desplegar la innovación en Andalucía: la aeronáutica, la biotecnología, la agroalimentación, el metalmecánico, las energías renovables, o las tecnologías de la información y la comunicación. Todas estas aspiraciones quedarán recogidas en el Plan Andaluz de Calidad de las Universidades. En ese sentido, les anuncio nuestra intención de someternos a una exigente evaluación externa, como es la elaborada por la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), con objeto de chequear la salud de nuestro sistema universitario.

Además, se pondrán en marcha medidas tendentes a mejorar y agilizar la gestión diaria de las universidades.

Para ello elaboraremos el Plan de Digitalización Integral de la Universidad -con horizonte para el año 2015-, destinado a lograr la eliminación del papel y a modernizar y adecuar el funcionamiento administrativo de la institución universitaria.

Estos nuevos retos universitarios competen por igual a alumnos y profesores, exigidos por una competencia cada día más notable. La movilidad y la formación son dos premisas aplicables a los dos extremos de la balanza universitaria.

A los docentes les corresponde representar la vanguardia educativa, porque son ellos los responsables últimos de ejecutar con acierto planes educativos ambiciosos, pero que necesitan forzosamente de buenos instrumentistas que hagan posible que la partitura suene como se espera.

Buscamos una generación de universitarios andaluces que sea competitiva en las aulas, en su

período de formación, para que después puedan ejercer como profesionales en cualquier rincón de la Unión Europea. Queremos que amplíen el universo de su mercado laboral, que deje de ser la ciudad de nacimiento o de estudio, para ser un territorio prácticamente ilimitado. El conocimiento no entiende de fronteras, más bien es lo contrario, trascendiendo las fronteras es como mejor se puede adquirir conocimientos y experiencias que nos mejoren como personas y como profesionales y que enriquezcan a nuestra tierra.

En Andalucía estamos facilitando el camino hacia ese cambio de mentalidad, con medidas para propiciar el acceso a nuevas experiencias educativas y vitales en el exterior. Es un camino que se construye con decisiones como las que hemos adoptado en relación al complemento de la cuantía de las becas Erasmus o con las becas Talentia.

Me detengo en estas últimas porque ya han posibilitado abrirles las puertas a muchos andaluces de centros de referencia como Harvard, Oxford, Cambridge, o el MIT de Massachussets. La idoneidad de esta medida la ratifican los propios alumnos, cuando nos transmiten que sin el apoyo económico de

la Junta jamás hubieran emprendido esta aventura, tan determinante para su propio desarrollo personal.

Quiero decirles que vamos a seguir trabajando en esa dirección. Desde la Junta de Andalucía hemos reiterado nuestro compromiso de que, a pesar de las desfavorables circunstancias económicas, vamos a seguir apostando por el gasto social. En ese compromiso se incluye la educación universitaria. Los efectos de la crisis no pondrán en riesgo el modelo de financiación de las universidades, que estrenamos en el curso 2007-08 con la intención de alcanzar un gasto que rozará los 2.000 millones de euros en 2011.

El esfuerzo presupuestario que venimos haciendo es incuestionable y fácilmente comprobable con parámetros como los Incentivos para los Agentes del Sistema Andaluz de Conocimiento, dotados con 1.000 millones de euros hasta el año 2013. Por su parte los Proyectos de Investigación de Excelencia recibieron 160 millones de euros entre 2005 y 2007 y propiciaron la contratación de 900 personas, contabilizando a doctores, investigadores en formación y técnicos de apoyo.

La firmeza del compromiso es tal que en estos momentos la financiación universitaria representa el

1% de nuestro PIB. E, igualmente, puedo afirmar que no menguará nuestra apuesta por el desarrollo del conocimiento y de la I+D+i, porque, mirando un poco más allá de nuestras narices, no hay mejor receta para sobreponerse a la sacudida que vive la economía mundial. Estoy convencido de que, de esta crisis deberemos salir con un modelo de crecimiento basado en la educación y en el conocimiento y más orientado a la ciencia, la innovación y la investigación.

Y en este modelo a la Universidad andaluza le corresponde un papel no sólo protagonista, sino de vanguardia. En la emergente e imparable sociedad del conocimiento, la comunidad universitaria, precisamente por su dedicación vocacional y profesional al mundo del saber, está llamada a ocupar una posición de punta de lanza, a ir un paso por delante, y a ser sujeto permanente de innovación.

La situación de partida no es desventajosa para nuestro país. El informe de la OCDE sobre educación, que se conoció el pasado mes de septiembre, situó la tasa de titulados universitarios de España en el tramo de edad de 25-64 años en un 28%, porcentaje que supera la media de la UE en 4 puntos, así como el porcentaje de Alemania, también de un 24%, o

Francia, de un 26%. Ambas naciones consideradas locomotoras de la Unión Europea.

Contribuyamos desde Andalucía a esa posición destacada de España en Europa y de Europa en el mundo. Podemos hacerlo. Apoyo mi confianza sobre datos como las 91 empresas innovadoras andaluzas que nos dan el liderazgo nacional en el programa *Campus*, de creación de empresas en el ámbito universitario; o el hecho de ser la Comunidad con mayor crecimiento en solicitud de patentes, un 32,5%, que nos convirtió en 2007 en la tercera comunidad tras Cataluña y Madrid.

Aun cuando las exigencias sean muchas y los desafíos tan ambiciosos, debemos ser conscientes de que contamos con una sólida base de partida. Somos una comunidad dinámica que descansa sobre la fuerza que nos proporcionan nuestros 222.000 universitarios y los 17.500 docentes e investigadores que hoy componen su claustro.

Y en los últimos años hemos desarrollado esfuerzos que seguro darán buenos frutos, como es el hecho de que en sólo una década hemos pasado de una ratio de 21 estudiantes por profesor a los 12 del curso que

ahora comienza, lo que nos permitirá ofrecer una educación más personalizada, conforme a las directrices del acuerdo de Bolonia.

El alumnado universitario de Andalucía equivale al 6% de nuestra población activa y supone el 16% del total de universitarios de España, cifra que prácticamente iguala nuestro peso específico poblacional.

Contamos, por consiguiente, con la mejor herramienta para construir nuestro futuro: una población joven y muy cualificada, situada en el umbral del conocimiento.

Al tiempo, debemos ser conscientes de que hay muchas cosas que mejorar y, si me permiten que me refiera a una de ellas en particular, les diré que no es razonable que, siendo las mujeres mayoría entre los estudiantes; que, habiendo, prácticamente, el mismo número de profesoras que profesores, las mujeres sigan siendo una minoría relativamente exigua en los puestos más altos de la escala académica y aún más en los de mayor responsabilidad. En esta dirección, la Universidad también debe ser vanguardia de un necesario cambio de mentalidad que entienda que

sólo desde la igualdad podremos desarrollar toda nuestra capacidad como sociedad.

Pero, aún con estas y otras debilidades y carencias, no perdamos de vista que la España y la Andalucía que hoy tenemos se encuentran entre las sociedades más desarrolladas del momento. Ahora bien, no tengo ninguna duda de que esta España y esta Andalucía que hemos construido las generaciones que hoy nos encontramos aquí, serán ampliamente superadas por las del futuro, por las que construirán con su impulso y liderazgo las decenas de miles de andaluces que están en las aulas.

Estoy más que seguro, como andaluz y como presidente de la Junta de Andalucía, que así será. No sólo porque ha crecido y se ha ampliado extraordinariamente su base social, no sólo porque cuenta con más medios que ningún otro momento, sino porque afortunadamente la Universidad de hoy en día es un ámbito mucho más libre, rico, docto y creativo que la del pasado.

Señoras y señores

Como he intentado expresar a lo largo de esta intervención, estoy convencido de que el conocimiento, la formación, el avance del saber son, efectivamente y de un modo muy especial en esta sociedad del conocimiento, el principal resorte de nuestro progreso material, pero también son los componentes esenciales de una democracia de calidad. Son las hebras centrales de un tejido cívico rico, de una ciudadanía capacitada, inteligente, activa, crítica.

Por eso, la labor de la Universidad tiene también un contenido profundamente humanístico, basado en los valores de la razón, de la libertad y de la tolerancia que son los que miden la estatura moral y espiritual de una sociedad.

Las sociedades, como las personas, no pueden comprenderse si no es partiendo de su integridad, del equilibrio entre sus componentes, sus valores, sus deseos, sus acciones y su entorno. No es posible concebir el desarrollo económico aisladamente sino como una parte más de un desarrollo humano integral.

Hoy sigue siendo necesario, y quizás más necesario que nunca, mantener esa concepción ilustrada que relaciona formación y desarrollo con bienestar material, por supuesto, pero también con progreso moral.

Por eso debemos mantener que hay unos valores, unos principios y unas prácticas sociales e institucionales que son los pilares elementales para el avance del conocimiento y que la propia práctica de la ciencia y el saber racional tiene un sustrato ético irrenunciable.

Debemos asumir que todos los avances de la ciencia han de tener, más tarde o más temprano, su reflejo positivo en la vida de las personas. Así ocurre con las Ciencias Sociales y el Derecho, que nos ayudan a mejorar y enriquecer nuestra ordenada convivencia; con la Medicina que nos permite alargar la vida, evitar sufrimientos y curar enfermedades; con las Letras y Humanidades, que nos introducen y nos guían en el mundo de la creación y nos permiten reforzar nuestros vínculos culturales, los más humanos por definición; con la Arquitectura y las ingenierías, que nos dan cuenta de la capacidad del género humano para construir e inventar.

Todo, en fin, conduce a asentar nuestra convicción de la vigencia, en este inicio del siglo XXI, de ese ideal ilustrado y humanista de libertad, progreso y razón que da sentido a la universidad y que es el núcleo mismo de nuestro desarrollo social.

Por todo ello, trabajar por una universidad de calidad, invertir en formación, en capacitación y en lo que ahora llamamos capital humano es, sin duda, una de las mejores formas de reforzar la solidez de los pilares sobre los que se sujetan nuestro proyecto de convivencia, la calidad de nuestra democracia y la prosperidad de nuestro futuro.

Y porque así lo están haciendo ustedes, les doy las gracias y les aliento a mantener y reforzar su compromiso con la universidad andaluza que es tanto como decir con toda Andalucía.

Muchas gracias.